

gustábale bastante la naturaleza para que su imitación fuese naturalismo como hoy decimos, y no hay en el día poetas, — si exceptuamos á los vulgares rimadores de monólogos, — capaces de admitir los términos que Boileau aceptó con el mayor gusto. ¡Cuántos vacilarían en dar asilo en sus versos á tantas locuciones triviales y usuales que no desdenó el regente del Parnaso, como *crotte, coups de pied, crasse, huitre, gouttière, vomir* y otras delicadezas!

Mostrando el camino á aquel Teófilo Gautier que, en su negra ingratitud, renegó de él, le maltrató y le injurió, Boileau hizo ver la virtud y el interés que hay para un poeta en conocer y practicar los vocabularios técnicos de las ciencias particulares y de los oficios, á fin de enriquecer el léxico general y darle color. En los términos de cocina notó y celebró el *ajo*, la *cebolla*, la *col*, el *tocino*, y los platos que estaban de moda (*Sát. III*), y en general, todo lo que los pinches y cocineros preparan para un « hocico hambriento ». Olié la botella del vinagre rosado y, en el aparador, la *pimienta*, la *sal*, la *nuez moscada* y el *jengibre*; echó una mirada hacia la repostería que guarda las golosinas, y reconoció los tarros de confitura, las pastas, los masapanes, y los limones enconfitados de Ruán. Paseando por las calles, se fijó en los « empedradores », en los « tejadores » que hacen caer del tejado « tejas » y « pizarras », en las tiendas cerradas con candado, en los especieros que hacían « cucuruchos de pimienta », en las lavanderas, en los encuadernadores, y en los armeros « que preparaban el salitre ». Paseando por el campo, se fijó, para describirlos, en la gente, los animales, los cultivos, las hormigas, los gatos, la cebada, el centeno, el tejo y la madre selva; en los « rocines » que « arrastran carricoches » ó tiran del « arado »; en los muchachos que juegan á los zancos; en la « cierva en brama » y en los montones de « estiércol ».

Nos introduce en el tocador de la coqueta, que describe con la competencia de un perfumista. Nos la muestra demasiado pequeña, procurando hacerse más alta « con el empleo de patines », arreglando con « el albayalde y el yeso » las flores de su rostro; luego nos la muestra, después de alguna cena, ofreciendo sus besos « que huelen á ajo y á tabaco. »

¡Qué gran pintor cuando tenía un modelo y no componía de memoria! Régnier no ha hecho retrato más al natural que el que trazó Boileau de sus vecinos los Sres. Tardieu, que habitaban en el muelle de los Orfévres.

1. Nuestros antiguos poetas y escritores se distinguían también por la riqueza del vocabulario y el empleo de los términos usuales y técnicos, según he indicado en otra ocasión. Recuérdense las regocijadas obras de Quevedo y aun del Arcipreste de Hita, la *Cena Jocosa* de Alcázar, las Letrillas de Góngora é Iglesias, etc., etc. Lo más curioso es que Hermosilla, tan reverente admirador de Boileau, criticase tan duramente á Lope de Vega y á Valbuena por el empleo de voces técnicas. (N. del T.)

Tardieu tenía caballos y mula en su caballeriza y vivía con gran desahogo. Buscó mujer y halló una muchacha de ojos desgraciados y mal fachada con la que se casó.

Inmediatamente todo desapareció de su casa, caballos, mula, criados, trajes, etc. y el poeta pinta á la Sra. Tardieu reducida á la mayor miseria y cubierta de harapos.

No hay detalle en el mundo de los andrajos que no se encuentre en esta página realista y sórdida, y se ve bien cuánto se complacía Boileau en estas pinturas llenas de verdad. Hubiera sido un buen novelista picaresco y no nos maravilla que admirase la novela cómica de Scarrón y que abrigase el proyecto de componer una segunda parte. En todo le gustaban las palabras propias, precisas y técnicas. En el jardín observa á Antonio que « cava », lleva la « pala », el « rastrillo », y la « regadera », labra, poda, arranca los cardos, y alinea los « melones ». Si se trata de astronomía, habla como Rohant, y, con el « astrolabio » en la mano, trata de ver si « Saturno puede hacer una paralaxis á nuestra vista ». Si se trata de juegos de cartas, habla de ases y cita la palabra « gano » que se emplea cuando se juega al tresillo¹.

Igualmente suministran alimento á su musa la antigüedad clásica, griega y latina, la mitología, la geografía del mundo conocido de los antiguos, el Tanais, el Eridano, la Hircania, la Iberia, los Sármatas y el Ponto Euxino. No le presta menos servicios la geografía moderna y habla como verdadero amigo de Bernier, el *globe trotter* de entonces. Cita á la China y al Japón de donde proceden la porcelana y el ámbar; á Goa que suministra el jengibre y la pimienta, y el Cuzco que se alza en el país « donde madura el coco ». Habla también de las minas de plata del Potosí, del Polo antártico, del estrecho de Davis, del Nilo, del país « de los cocodrilos, » etapas todas que recorría la imaginación de Boileau en el mapamundi. La misma topografía contribuye á alimentar su léxico. Agréguese á esto que Boileau toma expresiones particulares del lenguaje de los abogados y de la curia, — que él conocía á fondo, — sin contar los términos del oficio de librero ó de impresor y las palabras de la heráldica, como cimera, pal, etc.

Dada la variedad de palabras tomadas de todas partes que se encuentra en las *Sátiras* y en las *Epístolas* y que podría multiplicarse considerablemente con *el Facistol*, hay que confesar que Boileau ha contribuido de un modo muy importante á enriquecer el estilo poético con palabras humildes y con lo que La Bruyère llamará más tarde « las bajas circunstancias ». De esta suerte orientó la literatura hacia el realismo, en el que habían de producir las más felices manifestaciones La Bruyère y la generación de Lesage.

1. En tiempo de Boileau era muy corriente en la buena sociedad francesa el juego del tresillo, llamado en Francia juego del hombre. (N. del T.)

Por otra parte ¿cómo es que Boileau se nos presenta como el más timorato y torpe de los escritores, cuando, por horror á la palabra teórica, se extravía en perifrasis tales que se las hubiera envidiado Delille? Queriendo expresar, por ejemplo, los efectos de la pólvora dice en la *Oda de Namur*:

Dix mille vaillants Alcides
Les bordant de toutes parts,
D'éclairs au loin homicides
Font pétiller leurs remparts¹.

Á este propósito decía:

Había yo hablado ya de esto en mi *Epístola al rey sobre el Paso del Rhin*:

Du salpêtre en fureur l'air s'échauffe et s'allume²

también en mi *Sátira sobre el Hombre*:

Eût pétri le salpêtre, eût aiguisé le fer³.

De esta suerte, añadía, puede un poeta comparar á su héroe con Júpiter, pues la pólvora es una especie de trueno, en tanto que nuestros antiguos poetas y Malherbe al frente de ellos, creían haber hecho mucho al convertir en un Marte á todo guerrero.

Esto era prometérselas muy felices. La tendencia es digna de notarse sin embargo y nos muestra á Boileau andando á caza de expresiones para designar las ideas nuevas y las circunstancias precisas.

¿Cómo puede conciliarse tanta timidez con tales escrúpulos y perifrasis? Este contraste procede de otra influencia imperiosa á que estuvo sometido Boileau, la de la razón, de la cordura, del buen sentido, de la reserva y del gusto.

No fué el único que la experimentó y la propagó. Descartes y Pascal, lo mismo que él y en nombre del buen sentido, lucharon contra los desenfrenados caprichos, contra los febriles rebuscamientos y los ademanes desordenados de una sociedad cuya imagen se reflejaba en la literatura y cuya movilidad y múltiples novedades comprobaban la vitalidad, la energía y el desarreglo; ellos fueron como los reguladores. Gracias á este contrapeso de la razón y del buen sentido, se libró Boileau de caer en el naturalismo. La razón es su guía que le dirige y le aconseja en la elección de los asuntos y de los detalles. Ella impide al artista que se deslice por la peligrosa pendiente de lo excepcional,

1.

Diez mil Alcides valientes
Los cercan por todas partes,
Relámpagos homicidas
Fulminan sus baluartes.

2.

Caldea é incendia el aire el furor del salitre.

3.

El amasó el salitre y filo sacó al hierro.

de lo monstruoso, de los fenómenos raros, y le mantiene en los severos límites de lo verosímil, que difiere de lo verdadero.

Le vrai peut quelquefois n'être pas vraisemblable¹.

Suceden en la vida cosas sorprendentes y fantásticas que por su carácter de rareza deben dejarse á un lado. No hay que buscar lo curioso, lo refinado, lo extraño, sino mantenerse en los límites de las condiciones ordinarias de la existencia y, de esta suerte, no alejándose jamás el arte de lo natural, no correrá peligro de caer en lo extraño. El buen sentido lo mantendrá en los carriles de la prudencia. Así lo piensa y proclama el Regente del Parnaso, á quien en nuestros tiempos no hubiera hecho falta mucho para convertirse en realista auténtico, pues ya lo era en el suyo.

Hasta en su pasión por los Antiguos, á quienes proponía como modelos dignos de la admiración general, dejaba adivinar esta tendencia. Prefería á Terencio, porque hallaba en él « mucho más que en Molière », un « pintor del natural ». Le gustaba Homero especialmente por el talento que tiene « para expresar noblemente y con naturalidad las cosas pequeñas. »

Citaba á los Antiguos y los recomendaba, como reguladores capaces de contener los extravíos del gusto. En su sentir son decididamente admirables, puesto que han sido aprobados y admirados durante tan largo tiempo; ofrecen pues un medio de fiscalización cómodo y seguro, garantizado por la inmutable opinión de los siglos.

En todas las épocas y bajo todas las formas ha persistido la querrela de los antiguos y de los modernos y es eterna; es la rivalidad constante del pasado y del presente, de los jóvenes y de los viejos, de los conservadores y de los progresistas. En tiempo de Aristófanes y de Horacio, se discutía ya, como en tiempo de Boileau, como en nuestros días, en que reaparece en forma de querrela entre la enseñanza clásica y la moderna.

Perrault estaba por la teoría del progreso que lanza á la humanidad en marcha hacia perfeccionamientos incesantes y necesarios, como si el destino acumulase los ensayos infructuosos y preparase el triunfo final sobre las ruinas de todas las generaciones sacrificadas. Es muy posible que ocurra algo de esto en el caso de nuestra pobre humanidad. No hay que decir: Venimos demasiado tarde, sino: Venimos demasiado pronto.

¿Puede aplicarse esta ley del movimiento á la literatura? Boileau no lo creyó así y tenía razón. En lo que se equivocaban los partidarios de

1.

Á veces lo verdadero
No suele ser verosímil.

los antiguos era en pretender que hay que admirar á éstos porque son los antiguos y porque, siendo nuestra ley la degeneración, un antiguo vale más que un moderno, del mismo modo que una botella de vino añejo vale más que un moyo de vino nuevo.

Boileau admiraba con razón á ciertos antiguos y nosotros también. Pero cometió el error de imponer su imitación: primero, porque aquello ya no era la naturaleza á la que, en otra parte, afirma que hay que seguir siempre; y segundo, porque la gente del siglo xvii no conocía verdaderamente á los antiguos. Ni la arqueología ni la crítica de los textos le había asegurado los elementos de que hoy disponemos para reconstituir el estado moral y material de la civilizaciones desaparecidas, y no había que proponer como modelos obras que veían como envueltas en la bruma los que leían en el texto, y como ocultas tras una nube opaca los que sólo leían traducciones. Recuérdese esta muy notable página en que el abate de Olivet consigna las ideas de Boileau:

— ¡Cómo! ¿No consentirá nunca la Academia en conocer sus fuerzas? Siempre limitada á su Diccionario ¿cuándo se resolverá á emprender el vuelo? Yo desearía que Francia pudiese tener sus autores clásicos lo mismo que Italia. Para esto necesitaríamos cierto número de libros que fuesen declarados exentos de faltas en cuanto al estilo. ¿Cuál es el tribunal que podría resolver en este asunto sino la Academia? Yo desearía que empezase por tomar las pocas buenas traducciones que tenemos; que invitase á los que tienen talento para ello á hacer otras nuevas; y que si no juzgaba á propósito corregir cuanto en ellas encontrase de equívoco, de aventurado ó de descuidado, lo señalase por lo menos con exactitud al pie de las páginas en una especie de comentario gramatical. Pero ¿por qué quiero que se haga esto en las traducciones? Porque unas traducciones patrocinadas por la Academia, al mismo tiempo que serían leídas como modelos para escribir bien, servirían también como modelos para pensar bien, y comunicarían la afición á la buena antigüedad á los que no se hallan en estado de leer los originales. No les falta á los franceses el ingenio ni aún el trabajo, sino el gusto, y sólo el gusto antiguo puede formar entre nosotros autores y personas cultas.

Así habló aquel sabio crítico con un fuego que no solía emplear siempre en la conversación, á no ser que ésta versase sobre materias de su competencia. Y volviendo al mismo asunto, después que se retiró el Sr. de Turreil, me preguntó: «¿Sabéis por qué tienen tan pocos admiradores los antiguos? Porque las tres cuartas partes, por lo menos, de los que los han traducido eran ignorantes ó tontos. Madama de La Fayette, la mujer de más ingenio de Francia, y la que mejor escribía, comparaba á un traductor necio con un

1. En España no se ha hecho casi ninguna estimación de las traducciones de los clásicos. Los esfuerzos de algunos excelentes humanistas han resultado poco menos que estériles, y si se han publicado algunas, no siempre han sido de las mejores, como sucede con el *Horacio* de Burgos. Pero ¿qué tiene esto de extraño, cuando apenas hay quien lea y conozca nuestros clásicos? Por eso ha podido decir recientemente la señora Pardo Bazán en la velada en honor de Ibsen, en el Ateneo, sin protesta de nadie, que *Calderón y Lope no gustan en España*. (N. del T.)

lacayo á quien su ama envía á cumplimentar á alguien. Lo que su ama le diga en términos corteses, él lo repetirá estropeándolo groseramente. Cuanto más delicado sea el cumplido, peor lo repetirá el lacayo; y ésta es la verdadera imagen de un mal traductor. Pero, agregó el Sr. Despréaux, no basta que un traductor tenga ingenio si no tiene la misma clase de ingenio que su original. Porque el hombre que acaba de salir de aquí no es un tonto ni mucho menos, y sin embargo su Demóstenes es un monstruo. Digo monstruo, porque en efecto lo es un hombre desmesuradamente grande é hinchado. Cierta día que Racine estaba en mi casa en Auteuil, vino Turreil á consultarnos acerca de un pasaje que había traducido de cinco ó seis maneras, á cual menos naturales y más rebuscadas. «¡Oh! ¡Qué verdugo! Acabará por convertir á Demóstenes en hombre de ingenio, me dijo Racine por lo bajo. Lo que se llama ingenio en este sentido es precisamente el oro del buen sentido convertido en relumbrón.»

No puede decirse de modo más claro que la antigüedad permanecía envuelta en el misterio y mal explorada para la gente del siglo xvii.

En resumen, el papel de Boileau consistió en rebelarse contra las delicadezas aristocráticas de una literatura de salón y de cenáculo, como fué la de los Ronsard y consortes ó la de los huéspedes de la Cámara Azul; en querer una literatura sencilla, aburguesada, llena de excelente buen sentido como la Sra. Jourdain, y en declarar la guerra á todos los que colocaron la fantasía, el capricho ó la imaginación por encima de la verosimilitud; tales fueron:

Los poetas heroicos, demasiado hinchados á su parecer, como Viau, Saint-Amant, Scudéry, Desmarets de Saint-Sorlín, Carel de Sainte-Garde y Chapelain;

Los burlescos, D'Assoucy y Scarrón;

Los preciosos, l'abbé de Pure, l'abbé Cotin, Quinault, la Srta. de Scudéry, Boyer, Pradón, Linière, La Serre, Pinchène y Rampale;

Los partidarios de los modernos, Desmarets de Saint-Sorlín, Ch. Perreault, la Menardière, Corbin, Sauval, Maguón, Motin, Bellocoq, du Sachait, la Morlière y Sanlecque.

Boileau se conquistó con estos ataques otros tantos enemigos y también seguramente algunos bastonazos, lo cual no tenía nada de deshonoroso para los literatos en aquella época, porque las letras no ennoblecían aún. Se entregó animosamente en cuerpo y alma á la lucha en pro de una causa á la que había consagrado un valor y una voluntad que jamás desfallecieron ni cantaron la más ligera palinodia. Su tenacidad fué admirable y demuestra que su doctrina nacía de lo más profundo de su ser y de la esencia misma de su genio. Si hubiera escrito en elegante prosa, en lugar de escribir en verso, el resultado hubiera sido el mismo. Boileau no es un gran poeta y él mismo lo reconoce en sus momentos de buen sentido, cuando no escribía la *Oda de Namur*:

Je sais coudre une rime au bout de quelques mots;
Souvent j'habille en vers une maligne prose;
C'est par là que je vau, si je vau quelque chose¹.

Abundan estas confesiones suyas en prosa y verso y demuestran que Boileau sabía ser su propio crítico. Para explicar su éxito decía que, si sus versos eran leídos en todas partes, era porque:

..... En eux le vrai, du mensonge vainqueur,
Partout se montre aux yeux et va saisir le cœur;
Que le bien et le mal y sont prisés au juste;
Que jamais un faquin n'y tint un rang auguste;
Et que mon cœur, toujours conduisant mon esprit,
Ne dit rien aux lecteurs qu'à soi-même il n'ait dit.
Ma pensée au grand jour partout s'offre et s'expose;
Et mon vers, bien ou mal, dit toujours quelque chose².

Esto es hablar cuerdate y mostrar un egoísmo clarividente. Por lo demás he aquí cómo juzgaba Boileau su obra, dejando á un lado las torpes y excesivas lisonjas que la amistad de Monchesnay ha mezclado con las palabras del maestro:

Jamás hubo hombre que hablase de sus obras con más franqueza que el Sr. Despréaux. Su novena sátira, que pasa por su obra maestra, sólo la pudieron apreciar muy corto número de gente antes de la impresión. No habiendo encontrado el Sr. Despréaux oyentes tan bien dispuestos como él esperaba, hizo la sátira acerca del hombre, que tuvo mucho mayor éxito en las lecturas privadas, y, aunque por lo que hace á la impresión, es la octava, es sin embargo posterior á la dirigida á su espíritu.

Son ambas tan bellas que en ellas es verdaderamente donde se declara el gran genio del poeta, y ambas obras han consagrado su plena y entera reputación; por eso ponía él al frente de sus mejores obras la *Sátira á su espíritu* como obra en la que había encontrado el arte de ocultar su juego haciendo como que bromeaba. La sátira sobre el hombre le parecía escrita con más vigor y verosímilmente más llena de rasgos sublimes. Después de estas dos obras, parecía tener en mayor estima su epístola á sus versos. — « No he hecho, decía, otros versos tan hermosos ni tan exactos; de un extremo á otro he hallado el secreto de alabarme á destajo sin faltar á las conveniencias. Es un satírico que inspira lástima y que interesa á todo el mundo por sus obras y por su persona; después de esto presente á la posteridad una

1. Al fin de unás palabras sé coser una rima,
Y á veces pongo en verso una maligna prosa;
Eso es lo que en mí vale; si valgo alguna cosa.

2. En ellas la verdad venciendo á la mentira,
Doquier salta á la vista y mueve el corazón.
El bien y el mal se encuentran justamente apreciados
Y nunca ocupa en ellos alto rango un bribón,
Pues llevando mi mente al corazón por guía
Á mí mismo me digo lo que expongo al lector,
Y bien ó mal mis versos siempre algo decir quieren;
Doquier mi pensamiento es claro como el sol.

verdadera imagen de mi vida y de mi gloria y proclamo sobre todo la franca amistad que he profesado siempre al Sr. Arnaud. » — Su Epístola al Sr. de Lamoignon no le parecía inferior á las precedentes á continuación de las cuales colocaba su sátira á Molière que era exclusivamente de su invención y en la que había expresado del modo más feliz todas las rarezas de la rima. Inmediatamente seguía su *Equívoco* al que atribuía cierto mérito, tal vez porque casi siempre se tiene mayor afecto á los últimos hijos. Estas eran las seis obras que ocupaban el primer puesto en su estima, después de su *Arte Poética*, que, según el dictamen del público, y el suyo propio, pasa por la mejor de sus obras.

Se pueden aprobar casi por completo, en cuanto al fondo, estos poemas. Es lástima que la forma sea acompasada y sin flexibilidad.

Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage¹.

Boileau hablaba según su temperamento que le impulsaba á escribir lenta y difícilmente. Podría admitirse su teoría, si el resultado que él obtuvo fuera decisivo. Por el contrario no ha demostrado que no hagan falta al poeta ardor, animación, abandono, movimiento, fogosidad y entusiasmo lírico. Boileau carecía de esa « fogosidad insensata » y no podemos felicitarle por ello.

Decía que los versos más sencillos de sus obras eran los que le habían costado más; que sólo á fuerza de trabajo se logra aparecer como dotado de facilidad á los ojos de los lectores. No son, decía, los grandes toques de pincel ni lo golpes de mano maestra los que detienen al escritor en su progreso; son algunas nonadas difíciles de expresar. Da como ejemplo estos cuatro versos de la sátira del hombre que no contienen nada extraordinario y que sin embargo le costaron mucho trabajo:

Lui seul vivant, dit-on, dans l'enceinte des villes,
Fait voir d'honnêtes mœurs, des coutumes civiles,
Se fait des Gouverneurs, des Magistrats, des Rois,
Observe une Police, obéit à des Lois.

¿Quién hubiera podido figurárselo? Es verdaderamente emplear muy mal el tiempo, y no sólo fué laborioso su trabajo sino que ha quedado impreso el mismo sello en toda su obra. No hay en ella desembarazo ni libertad; es pesada, acompasada, metódica, y está atestada de

1. En el telar veinte veces
Volved á poner la obra.

2. Como él solo, según dicen,
En las ciudades habita,
Ostenta honradas costumbres
Y hábitos de cortesía,
Crea magistrados y reyes
Que gobiernen y dirijan,
Á las leyes se somete
Y vive con policía.

ripios y de transiciones forzadas. Para cierto número de pensamientos expresados con nitidez y vigor, hay muchísimos malos versos y mucha obra de relleno que da razón á Destouches cuando decía:

— Es muy exacta y característica la frase de Chapelle que llamaba á Boileau: « Un buey que abre bien su surco. »

— Buscar la regla y la materia de lo bello no en la naturaleza verdadera y permanente del hombre, es decir en su esencia racional, y para estar más seguro de no engañarse, tener siempre fijos los ojos en los admirables modelos de la antigüedad cuya excelencia garantiza el testimonio de tantos siglos, tal es, en sus principales líneas, la doctrina de Boileau (*Morillot*).

Puede adoptarse esta definición.

Por desgracia esta doctrina es estrecha, rígida y estéril. Siendo la razón una, la unidad, la uniformidad, la monotonía, la repetición y el cansancio constituirán los caracteres de una literatura que sólo en la razón se funda.

Lo que caracteriza la teoría de Boileau, — y es el elemento fundamental de la teoría clásica, — es la tendencia á la inmovilidad. Obra y razona cual si no hubiese de caminar el tiempo y como si se pudiese fijar para siempre una literatura en un molde rígido, del mismo modo que se vacian en yeso adornos de arquitectura.

Fuera de la razón, que es una é inmutable, no hay manera de expresarse ni puede haber estilo. ¿Cómo se ejercitará el genio? Antes de él preexistían trece ó catorce géneros, que son como los alveolos de un molde, que no tienen comunicación entre sí. Él ha escogido uno de ellos para su morada y se cuidará mucho de que su obra no se desborde en lo más mínimo.

Así pues, dentro de los mismos marcos se sucederán los genios y crearán nuevamente lo que se había hecho antes de ellos. Se hallan condenados á la trivialidad. Cuando esta misma materia haya sido amasada una y otra vez, presurada y prensada, quedará un residuo vago é inútil, gastado y sin jugo: ese residuo serán las obras de Baour-Lormián y de Luce de Lancival.

Lo más admirable de Boileau como poeta, no es su poesía, sino su sentido crítico. Dictó en su tiempo el fallo de la posteridad, y si no se comprende — dejando aparte el culto de la botella, — las razones que le hicieron mostrarse indulgente con Chapelle, se le agradece en alto grado el haber adivinado á Racine, á La Fontaine y á Molière, aunque haya que censurarle el haber sacrificado á La Fontaine por pura pasión de cortesano ¹.

Pero por la seguridad de los preceptos, por la firmeza del estilo, y por el sobrio vigor que revelan gran número de alejandrinos, que

1. Véase página 490.

se han convertido en proverbios y que parecen excelentes piezas de sonido argentino y de la mejor ley, que pueden circular sin menoscabo; por el calor en las defensas y sobre todo en los ataques; por la calidad sólida del pensamiento, y por el sentido del orden, de la claridad y de la concisión, está seguro Boileau de conservar su rango entre nuestros mejores escritores. Á esto se agrega, en elogio suyo, que supo respetar su pluma y predicó la honradez en el arte.

Á la edad de 71 años se lisonjaba de no haber escrito nada que chocase con las buenas costumbres.

Dió con esto un ejemplo útil y tal vez el que más conviene recordar á nuestra generación. Es raro y generoso que pueda saludarse en el mismo autor, como hay que hacerlo en Boileau, si no al favorito de Apolo, á lo menos al apóstol elocuente, firme y apasionado de la razón y al mismo tiempo de la naturaleza, de la honradez y de la verdad ¹.

1. La literatura española debe no poco á Boileau. Después de la gran decadencia que caracteriza la segunda mitad del siglo xvii y la primera, del xviii, en que la España literaria se convirtió en una especie de aquelarre en que se dieron cita todos los delirios y extravagancias, el clasicismo francés representado por Boileau fué formando una generación nueva (Moratín padre é hijo, Meléndez, Jovellanos, Herosilla, Luzán, Montiano y Luyando, el célebre Jorge Pitillas, etc., etc.) que regeneraron nuestra poesía, nuestra literatura y nuestro teatro. (N. del T.)